

Seveso Zanin, Emilio José

Pobres los Otros Imaginados. Aproximación comprensiva al miedo en el escenario del capitalismo contemporáneo

V Jornadas de Sociología de la UNLP

10, 11 y 12 de diciembre de 2008

Cita sugerida:

Seveso Zanin, E.J. (2008). Pobres los Otros Imaginados. Aproximación comprensiva al miedo en el escenario del capitalismo contemporáneo. V Jornadas de Sociología de la UNLP, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6441/ev.6441.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Título: Pobres los Otros Imaginados. Aproximación comprensiva al miedo en el escenario del capitalismo contemporáneo

Autor: Emilio José Seveso Zanin - emilioseveo@hotmail.com

Filiación: CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) / CEA-UNC (Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba)

INTRODUCCIÓN

Considerando al sistema ideológico y económico del capitalismo como plataforma de las sociedades latinoamericanas, es importante remarcar que la serie de sucesos que advienen luego de la instauración de los gobiernos militarizados en la región han marcado una nueva performatividad económica, política y cultural que ha reconstituido la esfera de lo simbólico. Como consecuencia, los imaginarios a través de los cuales los actores (individuales y colectivos) comprenden y dan sentido a lo social se han reformulado drásticamente.

Esta es una nueva etapa de estructuración en el sistema que trasciende los esquemas de la modernidad; que aunque mantiene ciertos lazos de continuidad con ella, señala tanto un reordenamiento del tejido social como una transformación en el espacio intersticial de los vínculos cotidianos: en el plano de las instituciones por un lado (el Estado, el mercado, la familia, los medios de comunicación) y en los esquemas de configuración de la política y la cultura por otro (en las formas de ver y de sentir lo social, en la experiencia cotidiana y el encuentro con los otros).

El vuelco ha supuesto incluso una escisión en términos de clase, que en las bases sociales se ha visto marcada por distancias abruptas en los medios materiales de vida, por una disonante im-posibilidad de acceso a estilos de consumo publicitados, por una práctica política desgranada, así como por una ínfima inserción en el mercado formal del trabajo y en la protección basada en los derechos de salud, vivienda y educación. Desde este punto de vista, hemos sido testigos de una ruptura con la etapa inmediatamente anterior del desarrollismo social y económico, en el que redundaba un proceso de movilidad ascendente, de creciente igualación en las oportunidades de vida y de gran dinamicidad en la esfera de lo público.

En este nuevo orden de constitución es importante reflexionar acerca de los procesos de reconocimiento e identificación de la otredad como una de las dimensiones en que se actualiza la mutación de las estructuras sociales. En este sentido, consideramos que un dispositivo tenue pero eficaz a través del cual se cristaliza la exclusión y la subalternidad en el neoliberalismo, está dado por el marco ideológico que convalida y legitima la condición de los sujetos que son nominados como pobres. En esta dirección, desde una reflexión crítica y centrada en torno a la conceptualización que ofrece la teoría de los imaginarios, la siguiente comunicación propone explorar la emergencia de nuevos marcos de sentido sobre la pobreza que se articulan en una mirada sobre los sujetos como “otredad” diferencial. Considerado este eje, resulta relevante discurrir sobre dos aspectos complementarios: la constitución de sensaciones de miedo e inseguridad que adviene sobre las capas populares en tanto figuras victimarizadas, y el punto en que estos sentidos ideológicos y construcciones imaginarias sobre los pobres y la pobreza se tocan con acciones y prácticas institucionales específicas.

1. IMAGINARIO SOCIAL Y REALIDAD COTIDIANA

Antes de adentrarnos en estas consideraciones es importante establecer al menos una somera conceptualización de lo que entendemos por *imaginario social*. La noción ha ingresado en las ciencias sociales sin una adecuada afinación conceptual; de acuerdo con Juan Luís Pintos es utilizada sin rigor, como sinónimo de “lo que la gente se imagina”, de “deseos ocultos” o en tanto “tópicos del sentido común” (Pintos 2000; cita al pie número 5). En otros casos, cuando se la toma como herramienta heurística, suele emerger en mimesis con el concepto de representación social (por ejemplo, en Wortman 2007 y Entel 2007) sin que se asuman las distancias que la separan. Esta indeterminación exige que precisemos al término y demos cuenta de los límites conceptuales que para nosotros supone, aunque bien no sea de manera esquemática.

De acuerdo con Claudio Troncoso Baria el punto de vista de una teoría de los imaginarios es diverso al que supone un enfoque representacionista. Aquella no parte de la idea de *aprehensión*, en tanto captación por parte de la conciencia de componentes del mundo que están allí fuera: filosofía “alimentaria” o “Espíritu-Araña” (Troncoso Baria 2005: 12). Por el contrario, supone considerar que en lo cotidiano se despliega una experiencia cognitiva cuyo

pie no esta dado por la recepción de estímulos, sino por una lectura significada del mundo en la que se incorpora un componente *imaginarizante*¹.

Esto no supone creer que dicha cognición es una industria de imagerías internas. En la medida en que lo imaginario enlaza y es nexo de la experiencia, permite establecer nociones de sentido acerca del mundo social. De esta manera, *no representa* (Lindon, Hiernaux y Aguilar 2006: 39); es decir, no necesariamente remite a una imagen a partir de componentes “presentes” y “reales”: un imaginario es una creación inmotivada, dice Nicolas Poirier refiriéndose a Castoriadis; no es imagen o reflejo *de* algo, sino creación incesante e indeterminada de figuras, formas e imágenes (Poirier 2006: 62), pero de la misma forma tiene un anclaje en la realidad cotidiana.

Dice Castoriadis: “*Creación*. En el ser (en lo que es, *to on*) surgen *otras formas*, se establecen *nuevas* determinaciones. Lo que cada vez (en cada ‘momento’) es, no está plenamente determinado, es decir no lo está hasta el punto de excluir el surgimiento de *otras* determinaciones (Castoriadis 2005: 10; destacado en el original)”

Dentro de este contexto, para nosotros la noción de Imaginarios Sociales, o de imaginario simplemente, refiere a una serie de mecanismos (o dispositivos sociales) que median la relación entre los individuos y el mundo social, habilitando a que se establezcan percepciones diferenciales de confianza y aceptación con el entorno (Pintos 2000: s/n; Baeza 2004: s/n).

En esta definición se reconoce que la existencia esas mediaciones imaginarias permiten establecer el mundo como real (“darlo por sentado”), a la vez que permiten explicarlo e intervenir operativamente en él. Esto significa que las experiencias forman parte de lo vivido y se presentan como realidad; el sujeto se enlaza con ellas, por ellas y en ellas, considerándolas validas en todo su sentido. La actitud “natural” de las personas (naturalmente social, se entiende) es entonces la de aceptar ese mundo tal como viene dado, puesto que “ya

¹ En este punto es necesario realizar una aclaración “al pie”, no porque sea de menor importancia, sino al contrario, porque es de relevancia y se debe dar cuenta de ella, aunque sin interrumpir la linealidad de la exposición. La idea es la siguiente: cuando hablamos de “representacionismo” como dispositivo que supone la capacidad de captar una realidad que “existe” y esta “ahí afuera” (mecanismo por demás incompatible con una teoría del Imaginario Social) no estamos haciendo referencia en sí a la Teoría de las representaciones, sino a una concepción de lo real que rechazamos; concepción que en comparación al sentido sociológico que damos a la noción de imaginario resulta incompleta, limitante y hasta cierto punto mecanicista. Por demás, es cierto que en la versión clásica de Moscovici se describe un mecanismo de tipo psíquico y perceptual que acentúa el carácter de “dato” de la realidad y en el que subyace además la idea de una realidad pre-existente. Antonio Baeza (2004) es claro a este respecto.

ha sido dicho”. Esto no significa de ninguna manera un acto de complacencia; existe una base creadora, pues la potencia reflexiva es la capacidad patente del sujeto en su vivencia. Esto lo sabemos: el sujeto se afirma en su existencia precisamente por la posibilidad de pensar-la y, en tanto agente, puede reconocer en el mundo – su mundo – apariencias y espejismos, e incluso registrar la necesidad de que sean “borradas” de la existencia: así podrá actuar en consecuencia para transformarlas. Esta es una potencia como potencialidad; potencia como capacidad para “volver a decir” o “decir algo nuevo”.

Por esta doble vía que asume la vivencia social se entiende que la existencia no es puesta iterativamente bajo juicio, pero que tampoco supone una simple relación de aceptación. De aquí se desprende entonces la cualidad de lo imaginario como sociedad instituida y capacidad instituyente; suceso que acontece en el nexo de lo material y lo simbólico, la estructura y la agencia, en el ser y el hacer.

Ahora bien, esto debe ser pensado como un verdadero “juego” de sentidos. Un Imaginario es tanto una visión, como una (di)visión y una no-visión del mundo; es decir, un mecanismo que oculta mostrando y muestra al ocultar. Siguiendo a Juan Luís Pintos (2005) consideramos que existe un marco de relevancia - opacidad en el que operan los imaginarios, el cual se establece una bisagra entre “presencia y ausencia” o entre un “dentro de campo y fuera de campo”. La realidad es para el sujeto aquello que esta dentro del campo y se hace presente, mientras que el reverso complementario es lo que permanece ausente y fuera de campo: “lo que no aparece, lo ocultado u obviado, lo que se pretende que no tenga realidad, pero sin lo cual no hay realidad posible (Pintos 2005: s/n)”.

De esta manera, lo que reconocemos como (nuestra) vida cotidiana es lo que ha sido creado como *plano o dimensión* de conocimiento que orienta la acción en un sentido práctico y reflexivo. Plano naturalmente vivido que es realidad social construida, por lo que desplaza a otras realidades posibles para el sujeto (que podrían ser o que están efectivamente siendo) y que no se le revelan, pues permanecen ocultas. Este estado de opacidad no es finalmente “superable”, pues la realidad siempre se sucede para los sujetos como construcción de sentido parcial y unidimensional².

² En Pintos (2000) la diversidad de sentidos que se habilita en lo social viene de la mano de la noción de sociedad “policontexturales”; sociedades en las que ha desaparecido el monoteísmo antológico y ha devenido la múltiple dimensionalidad de lo cotidiano. “Ello vendría a significar que las diferentes realidades se construyen

En el sentido establecido, para comprender mejor al concepto de lo imaginario, Pintos propone asumir la metáfora de “lentes” o “anteojos” (Pintos 2003: 27); alegoría que remarca la no-perceptividad del mecanismo por parte del sujeto, a diferencia de un llano mecanismo representacionista basado en el fundamento de *aprehensión* o *enganchamiento* de la realidad. En fin, juego de no-perceptividad que habilita a la relación de confianza del sujeto con lo que esta siendo en el mundo.

2. SOCIEDAD, IMAGINARIO Y POBREZA

Podemos adentrarnos ahora en la propuesta de análisis. En esta primera parte (que comprende por el actual y al próximo apartado) deseamos mostrar que el imaginario sobre los pobres y la pobreza que se cristalizó durante la etapa de auge del *capitalismo democrático* (Borón 2000: 161) presenta una distancia significativa con aquel que emerge mas cercano en el tiempo, durante la posmodernidad, y en consonancia con el modelo neoliberal³. Al respecto nos interesa explorar dos aristas: por una parte, considerando las condiciones de estructuración social que se dieron en cada caso, retomar las distancias entre el denominado Modelo Desarrollista y el Modelo Neoliberal, teniendo bajo consideración la posición que se asigna al Estado y el lugar que se asigna a la pobreza en el sistema social; por otro lado, es interesante ver como la estructuración institucional de los diferentes modelos se cristalizó no solo en nociones que podríamos llamar “de sentido común”, sino también en ciertas conceptualizaciones profesionistas que fueron utilizadas para interpretar el fenómeno. A través de la consideración comparativa de estos puntos creemos que es posible dar cuenta, al menos parcialmente, del imaginario social diferencial que en la actualidad se establece acerca de los pobres y de la pobreza. Comencemos entonces por el primero de estos puntos.

En el período posterior a las guerras mundiales emergió y se cristalizó en algunos países de América Latina, como Paraguay, Argentina y Brasil, el denominado *Estado Desarrollista*. En contraposición a la versión productivista de la economía liberal, este modelo se enmarcaba en

mediante la exclusión de las posibilidad de atribución a alguna de ellas de un carácter absoluto”. Lo contextual hace referencia, precisamente, a la complejidad del sistema que imposibilita reducir el sentido a un código binario, remitiendo entonces a lo plural (Pintos 2005; cita al pie número 18)

³ Para nosotros el término *posmodernidad* asume un sentido que rebasa la instancia “culturalista” que muchas veces se le ha asignado. Frederic Jameson considera que se trata de una noción totalizadora en el sentido propio de un *modo de producción*, que es capaz de dar cuenta de las características del actual pero en el cual también se remarca un sentido mas genérico, en tanto “período transicional entre dos fases del capitalismo, en el que las formas anteriores de lo económico están en proceso de reestructuración en una escala global (1999: 73)”.

el esquema Keynesiano de apuntalamiento de la demanda y la inversión, orientado bajo una política proteccionista y *nacional* que situaba las bases del crecimiento en un Estado fuerte, en la inversión de recursos humanos y en la garantía de seguridades colectivas para los ciudadanos en base a la política fiscal. En Argentina el brazo económico de esta corriente se manifestó en el impulso del Modelo por Sustitución de Importaciones (ISI), articulado a su vez en la arena política por los sindicatos y la creciente participación de la clase obrera, y marcado en lo social por el trazo de la educación y la salud pública gratuitas.

En este contexto se cristalizaba un imaginario colectivo central, que bajo la declaración de un entorno social *ascendente* reconocía en los países industrializados una estabilización positiva en los niveles de vida, así como un potencial de transición en sociedades rezagadas hacia una fase de desarrollo total. En la versión hegemónica del pensamiento se verificaba entonces una mirada esperanzada, según la cual el *efecto de demostración* era garante del desarrollo y del progreso en las diversas escalas de la vida social, en tránsito hacia una plena modernización mediante la superación de las *asincronías* (Germani 1970) y de las *continuidades* que persistían en relación al pasado (Medina Echeverría 1970).

Dado que el contexto social se definía tanto estructural como ideológicamente desde los procesos de crecimiento económico, desarrollo social y condiciones de vida ampliada⁴, la movilidad ascendente de las bases populares y el ensanchamiento de las clases medias permitían pensar a las situaciones de carencia extrema como un momento transitorio en la experiencia individual. Hablando en particular, el ideario social reconocía la existencia de capas marginales, pero las consideraba o bien inmutables o bien temporarias: a la par de individuos que habían elegido mantenerse apartados de la sociedad (los inintegrables), prevalecían en la sociedad modos de existencia y hábitos de vida del tipo tradicional que impedían a ciertas capas sociales insertarse en las estructuras de la modernidad; estos últimos eran los transitorios: migrantes e inmigrantes, fundamentalmente. De esta manera, el momento transicional hacia la integración en las esferas de la cultura y la política eran consideradas fundamentales y a la vez posibles, si es que cabe la expresión.

⁴ Entre los primeros puede indicarse: aumento del PBI nacional, distribución mas equitativa de la riqueza, aumento del ingreso per-capita, niveles de desempleo reducidos a tasas flotantes; entre los segundos: servicios gratuitos ampliados, seguridad colectiva garantizada; entre los terceros: disminución de la tasa de mortalidad, aumento de la esperanza de vida.

Sin embargo, durante la década de los '60 el modelo desarrollista empezó a mostrar indicios de descomposición. Por un lado los países empezaban a experimentar menores índices de crecimiento en sus economías, mientras que las demandas colectivas se hacían difíciles de sostener en virtud de la inflación de expectativas. En este contexto la pobreza no se presentaba como un fenómeno masivo y alarmante, pero empezaba a acentuarse en algunos núcleos urbanos a la vez que insinuaba nuevos matices de lo que se consideraba una cultura de la miseria⁵.

Este es el punto en que se inicia una inflexión de la estructura, marcada por el retorno de la ideología liberal, signado por la ruptura del polo capitalismo-socialismo, la emergencia del imperialismo, así como por los procesos de financiarización de las economías y el ingreso a la era de la información. Es también el contexto desde el cual va a comenzar a forjarse una nueva forma de interpretar a la pobreza e interpelar socialmente a los pobres. De esta manera, luego veremos que en el modelo neoliberal ya acentuado hacia mediados de los '90 puede encontrarse un evidente punto contrastivo con el modelo desarrollista que surgió durante la modernidad.

Precisamente, en contraposición a la teoría del desarrollismo que fue sustentada hasta mediados de los '70, el neoliberalismo se ha dispuesto desde una mutación ideológica como visión resignada acerca de la política, la cultural y la sociedad. En su marco de acción y pensamiento muere la utopía a la vez que las contradicciones del sistema son asumidas; es decir, aceptadas a la vez que toleradas. Una variedad de sucesos se reconocen ideológicamente como parte sustancial, intrínseca y necesaria de su modelo de acumulación, y es en este sentido que la pobreza es concebida como componente sistémico (es decir, necesario) de su estructura. Desde este plano de la mirada las condiciones de carencia ya no son interpretadas como momento episódico de la vida individual; se demarca así una zona de vacío que – en comparación al código desarrollista de *integración* - sitúa a los marginales en el no-lugar de la estructura a la vez que los asume desde una mirada de llana *indiferencia*.

⁵ Así por ejemplo, Oscar Lewis define a la *cultura de la pobreza* a través de una multiplicidad de características que rebasan la privación económica, la desorganización o la carencia, remitiendo a una estructura y lógica que se arraigan en modos de ser y actuar de tipo diferencial. Dice al respecto: “[l]a cultura de la pobreza es tanto una adaptación cuanto una reacción de los pobres frente a su posición marginal en una sociedad capitalista estratificada en clases y de alto nivel de individuación. Representa un esfuerzo por combatir la desesperanza y la angustia motivadas por la improbabilidad de triunfar de acuerdo con los valores y las finalidades de la sociedad general (1969: XLVII y ss.)”

De esta manera, en el marco de lo que venimos argumentando, es posible afirmar que las condiciones de transformación material se enlazan con la instauración de nuevas subjetividades; en lo que a nosotros interesa, con formas novedosas de reconocer y nominar a lo social, lo cual delinea una nueva concepción acerca de los pobres y la pobreza: masa informe y vulnerada que con diversidad de trayectorias y orígenes sociales se emplaza progresivamente como figura de una otredad diferencial.

3. POBRES Y MÁS POBRES: SOCIEDAD Y SENTIDO

En esta segunda parte quisiéramos mostrar como estos imaginarios diferenciales pueden ser reconocidos en ciertos conceptos de las ciencias sociales. Estos serán explorados como marcas de contextos sociales diferenciales que indican las distancias entre los modelos presentados. En tal sentido, se pasa desde su *uso* o su *crítica* conceptual a la exploración del sentido histórico que revisten y a través del cual consideramos es posible escudriñar (conocer y develar) sentidos que denotan aspectos de la productividad y re-productividad de la propia estructura social.

De acuerdo con Fernando Jaume (1989), el concepto de *pobreza* es netamente descriptivo. En términos comparativos da cuenta de la condición de privación en la que se encuentra un sujeto (o bien, una categoría de sujetos) tomando como base una serie componentes que son considerados socialmente básicos y fundamentales; define así la condición de carencia en términos de un piso mínimo: la no-poseción de bienes y servicios o considerando una base monetaria no alcanzada. Por lo tanto, por sí misma esta categoría no dice mucho acerca de la forma en que las condiciones de pobreza se reproducen. Es necesario entonces buscar otros conceptos en los que el mecanismo de reproducción de las condiciones de carencia sea asumido, y a partir de los cuales sea posible reconocer pistas sobre el sentido social reconocido y dado por sentado en relación a la pobreza.

En nuestro caso es posible verificar que dos nociones nucleares para las ciencias sociales (el de *marginalidad* y el de *exclusión social*) se enlazan con formas de interpretar e interpelar a la pobreza desde la hegemonía del hacer y del pensar. No importa considerar en este sentido si responden o no a la realidad de unos hechos, sino de reconocer el punto en que intentan explicar la situación social desde un punto de vista que se encuentra solidificado en lo social.

Considerando la primera de ellas, la noción de marginalidad remite a una diversidad de significados que se complejizan por la propia evolución teórica que ha supuesto el concepto: inicia su camino en la conceptualización ecológica-urbana, remitiendo a poblaciones en conglomerados urbanos de carácter precario (I), luego se hace extensiva para la definición de condiciones de segregación en el mundo del empleo y el consumo (II), acentuando luego aspectos relativos al recorte de derechos civiles, políticos, económicos y sociales en los sectores empobrecidos (III), para dar cuenta finalmente no solo de las condiciones de marginalidad urbana sino también rural (IV) (Jaume 1989: 4; Benholdt Thomsen 1981: 1506).

De todas maneras, como término de origen y en la versión dominante de la vertiente funcional-culturalista, remite a una categorización de topografía según un plano social de centro-periferia. Además, puesto que en el marco del modelo desarrollista es adoptada para dar cuenta de las poblaciones que expresan un déficit de integración al mundo moderno, y que en este sentido persisten por fuera del desenvolvimiento habitual de la vida urbana (Enriquez 2007: 60 y ss.; Bartolomé 1985: 25), se entiende que remarca una situación temporaria que es susceptible de ser transitada por los individuos, ya sea por un proceso de movilidad personal o mediante un cambio generacional. Es cierto que por otra parte también remite a la presencia de marginales del tipo estructural, pero estos son interpretados desde la práctica de elección individual⁶.

El concepto más contemporánea de *exclusión social* se afina por otro lado en el marco del modelo neoliberal (Enriquez 2007: 72 y ss.). No considera que los sujetos desclasados se encuentran necesariamente *fuera* de la sociedad (más allá de lo social, para decirlo de alguna manera, lo cual correspondería con una mala comprensión del concepto), sino que los sitúa en un punto de no-integridad dentro del propio sistema social.

Esta visión se descompone en dos dimensiones: por un lado, supone la idea de sujetos carentes; definidos en este sentido por la no-poseción de atributos que se consideran normales y necesarios para formar parte de la sociedad; característica que aparece como común y compartida por todos los sujetos, definiendo una especie de *ser* colectivo, a la vez que como componente de totalización en la definición de la identidad individual, que designa y remarca

⁶ Se recuerda que en el marco de una teoría de la marginalidad se presenta también una perspectiva crítica, en la que pueden situarse las miradas de José Nun (*masa marginal*), Aníbal Quijano (*polo marginal*), Larissa Lomnitz (*marginalidad de pobreza*), y otras. Para una síntesis y visión crítica sobre estos enfoques puede consultarse el texto de Verónica Benholdt Thomsen (1981).

un punto de desocialización atomizado⁷. Por otro lado, esta visión remarca como segunda dimensionalidad la negatividad que supone la pertenencia a una cultura de la pobreza, que se reproduce en lo social definiendo un mundo material y normativo que es disyuntiva de la cultura dominante y de su orden hegemónico. Sujetos sensibilizados por su condición de pobreza y que los convierte (debido a su propia diferencia) en un problema potencial para el resto de la sociedad

4. ESOS OTROS DEL MIEDO

Desde el marco social que ha sido esbozado es posible ahora realizar una aproximación comprensiva a la sensación de miedo que tiende a solidificarse en la contemporaneidad en relación a los pobres y la pobreza. Para ello es necesario retener la siguiente idea inicial: que el modo de mirar a los otros desde el lugar de la diferencia se encuentra asentado en un imaginario social específico, que en nuestro caso denota la visión dual sobre los pobres que hemos presentado; a saber: los pobres como sujetos *carentes* y *peligrosos* situados por fuera de la moralidad social vigente.

A través de un trabajo publicado recientemente Alicia Entel y Laura Alonso muestran dos cosas importantes sobre este tema. En primer lugar, que cuando las personas son interrogadas acerca de sus *miedos* aparece con predominancia una sensación de inseguridad urbana en relación al delito y la criminalidad, y desde la cual se abre una constelación de otros miedos sociales. En segundo lugar, destacan que ese sentimiento tiende a constituirse en relación a personajes reconocidos como cercanos (unos *extraños entre nosotros*) sobre los que adviene un sentido de diferencia social de naturaleza negativa (2007: 80). En este sentido, “se identifica miedo con inseguridad (la parte por el todo). Y por ese camino se ejerce y desarrolla el miedo al otro, es decir, el miedo a los seres humanos quedando opacados los otros miedos, así como también los otros sentimientos (Entel 2007: 98)

Podemos utilizar algunos datos provistos por el informe de la Corporación Latinobarómetro 2007 para dar cuenta de esta aseveración. Según éste indica, los latinoamericanos identifican como principales problemas de la región a la falta de empleo (18%) y a la delincuencia (17%).

⁷ Por ejemplo, la propia definición contemporánea de pobreza describe a los sujetos según aquello que no poseen; como “manifestación de una *deficiencia de poder adquisitivo* del ingreso del Hogar (Goldberg 2005: 2; destacado en el original)”.

Pero mientras que en algunos países el desempleo adquiere significancia (Paraguay, Uruguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Nicaragua), en otros (como Venezuela, Guatemala, El Salvador, Chile, y Argentina) la delincuencia se ha acentuado progresivamente como problemática. De hecho, en nuestro país la percepción de su importancia ha aumentado desde 7% en 2002 a 14% en 2005, intensificándose hasta alcanzar valores de 25% en 2007 (Corporación Latinobarómetro 2007: 21). El informe destaca además que la percepción de inseguridad tiende a agravarse debido a la representación del delito como violento: el 73% de los latinoamericanos temen ser víctimas de delitos con violencia “todo o casi todo el tiempo”, siendo que el porcentaje más alto se observa en Paraguay (89%) y Argentina ocupa el segundo lugar (79%) (Corporación Latinobarómetro 2007: 100).

Un dato que nos sirve de complemento para este diagnóstico viene dado por los antagonismos que los latinoamericanos demarcan para cada país. Según lo que el informe llama *clivajes* sociales, se destacan como más importantes (según orden de importancia) las tensiones establecidas entre pobres-ricos y entre los trabajadores-empresarios⁸. En el caso de Argentina, el 76% de las personas consideran que el nivel de conflictividad de clases es “fuerte” o “muy fuerte” (similar a Chile, Honduras y Nicaragua) y el 80% lo hace en relación a la tensión capital-trabajo (Corporación Latinobarómetro 2007: 66-71).

Esta información indica que en las sociedades latinoamericanas, periféricas y dependientes, y particularmente en nuestro país, el sentido de la diferencia social se constituye en el marco de los *clivajes de clase*; que las demandas sociales se articulan preferentemente en torno a las tensiones entre las capas pobres-medias-ricas y entre los sectores del capital y del trabajo, en términos de empleo y de inseguridad.

Ahora bien, es relevante destacar que esa *inseguridad social* a la que se hace referencia, sobre la que insisten las personas en la calle tanto como los doxósofos (como los llama Bourdieu), la televisión tanto como la prensa escrita, se pone en relación una y otra vez con los sectores empobrecidos. Cuando se dice “inseguridad” se establece un juego metonímico que remite inconcientemente a “delito”: las personas se sienten inseguras porque temen por su vida; sus cabezas reproducen mentalmente una espacialización de actores: en un mismo plano figuran

⁸ Los que le siguen en importancia se encuentran representados por los sectores de desempleados y empleados, jóvenes y sociedad, de género (hombres-mujeres), raciales, entre nacionales y extranjeros, y finalmente entre tercera edad y sociedad (Corporación Latinobarómetro: 66-71).

una víctima (frágil e inocente), una acción consolidada (encañonamiento de arma) y a un victimario (cuyo papel ocupan los sospechosos de siempre: pobres a veces, pero también extranjeros o cualquier tipo de otredad diferencial).

Los encabezados de los media nunca hablan de inseguridad alimentaria, de inseguridad laboral o ecológica; mas aún, los funcionarios de gobierno (los propios ciudadanos aún) sitúan el problema de la inseguridad (es decir, el problema del delito, de los pobres y de la pobreza) como “el” problema, por encima de muchos otros asuntos que (éticamente) deberían ser adivinados inmediatamente como más urgentes y preocupantes: el hambre, la desocupación y la pobreza misma, pero también la guerra militar y paramilitar, la censura y la persecución ideológica.

No es que estemos negando la importancia de la criminalidad y el delito en tanto tópicos sociales; sin embargo, “[e]l discurso de la inseguridad oculta las redes de conflictos que, tal vez, sean las mismas que originan una práctica reproductiva de inseguridad. Millones de compatriotas están inseguros de poder comer, inseguros respecto de su futuro, inseguros de existir hoy, no mañana (Scribano y Schuster 2004: s/n)”. Desde una subjetividad amenazada se tejen espacios cargados de conflictividad (Martel y Baires 2006); a través de ella se opera una división imaginaria entre víctimas y victimarios que recrea en diferentes contextos la figura de lo temido. De esta manera surge lo que podría denominarse (recordando los análisis de Bauman y Foucault) una nueva retórica de las *clases peligrosas*.

CONSIDERACIONES FINALES: LA POLITICA DE LA EXCLUSION

Someramente, hasta aquí hemos intentado mostrar que la cristalización del Estado Desarrollista dependió de un contexto de estructuración temporo-espacial que fue particular. Ante la desintegración de las condiciones que lo hicieron posible ha subvenido una nueva trama social que, aún subsumida a una lógica de acumulación equivalente (*la capitalista*), ha dado cuenta – no sin dificultades o implicancias – de un universo institucional y un basamento ideológico que es propio y particular. En este plano es que para nosotros entra en consideración una metamorfosis en los modos de concebir a la pobreza.

Vistos como sujetos deficitarios e imperfectos, se considera que los pobres carecen de las capacidades y potencialidades fundamentales para participar en los espacios del trabajo y del

consumo⁹. Esto los convierte en individuos que una y otra vez son sacrificados en los rituales de un Estado Social minimizado, que mediante la repetición de políticas sociales recicladas intenta restituir un orden perdido y añorado, pero que en ningún sentido establece dispositivos que resuelven las raíces distributivas de la desigualdad. Se trata de medidas que asumen un carácter estructural (es decir, global y permanente), pero que a la vez son focales y se orientan a aplacar situaciones límites de desigualdad. En este sentido, la política social se articula como estrategia de mera contención, definiendo un sentido de profunda indiferencia en relación a los sujetos de la pobreza y al propio fenómeno de la exclusión. Desde esta mirada, los sujetos sensibilizados por la pobreza también se vuelven potencialmente problemáticos para la sociedad, por lo que quedan en manos de una versión Penal (Wacquant 2007: 88) del Estado Social minimizado. “El anonimato de estos rostros estigmatizados pone en evidencia que todo sistema vive sus diferencias como legítimas y necesarias” [...] “los signos de selección victimaria no significan la diferencia sino la in-diferencia que introduce el desorden en dicho sistema (Levstein y Boito 2005: 14)”.

En el enlace de una visión acerca de los pobres y la pobreza, Rubén Lo Vuolo (et. al) sigue a Bruno Lautier para indicar que la actual política social en América Latina se articula ideológicamente en una visión caritativista y represiva (1999: 105) que para nosotros coincide con la doble dimensionalidad del Estado Neoliberal que acabamos de describir. En su punto de unión se enlaza tanto una estrategia corporal de subsistencia como de control que recae sobre los sujetos excluidos; punto en el que lo piadoso (presentado como solidaridad y caritativismo social) no resulta un anverso de la crueldad, sino su par complementario.

Bajo este tipo de mirada, y ya naturalizadas las condiciones de pobreza, se han instituido medidas de acción que llevan a contener las situaciones de conflicto y limitar los márgenes de interacción entre los sujetos marginados y el resto de la sociedad. Ejemplos de ello están dados por las políticas que aportan ingresos paupérrimos a las capas populares y las mantiene en los límites de la subsistencia, gestionando antes que dando soluciones definitivas a su situación (Lo Vuolo et. al. 1999); también por las medidas locales e internacionales, tanto estatales como privadas, que promueven la auto-organización de los sectores afectados bajo la

⁹ En contra de la comúneza hipótesis según la cual las condiciones de carencia en los sectores empobrecidos están asociadas a una “falta de voluntad para trabajar”, es posible destacar el mayor nivel de sobre-empleo que se verifica en estos hogares, y que se constituye como una estrategia de vida orientada a eludir las condiciones de privación extrema. “Claramente, no es la falta de predisposición para emplearse lo que explica la privación de las personas en situación de carencia, sino el tipo de empleo que se consigue o la ausencia del mismo (Goldberg 2005:21)”.

lógica del cooperativismo y el oenegismo (Petras y Veltamyer 2005); así como por la fragmentación urbana que, inducida por el Estado, ha especializado zonas de conflicto (espacios ghettificados) y surcos de seguridad (espacios privatizados) para las diversas clases *de ciudadanas* (Cervio 2007).

Estos mecanismos y dispositivos de suturación conflictual indican no una retirada del Estado o un achicamiento de su aparato sino por el contrario, una ampliación en su esfera de actuación que se encuentra signada por una metamorfosis ideológica (Sousa Santos 2005: 63 y ss.). El mercado, entre tanto, adquiere una dinámica centrífuga y procíclica, que expulsa sistemáticamente a los sujetos en concordancia a su nueva trama de acumulación.

Pero en el caso de los sectores populares las formas de privación que se establecen desde el poder operan más allá de la materialidad y se tocan con la apropiación de las formas de nominar y de decir a la identidad. Al definir a las personas según sus rasgos de carencia, de lo que no-tienen en comparación a un modelo “normal” de constitución social (Grassi 2004: 195; Gutierrez 2003: 31); al definir su identidad desde la negación y situarlos imaginariamente en la periferia del mundo social (Vasilachis de Gialdino 2003); al acallar sus voces minimizando sus reivindicaciones y criminalizando su acción (Scribano y Schuster 2004: s/n), la pobreza de los pobres se cristaliza como exclusión en el estigma cotidiano del auto y el hetero-reconocimiento: se invisibilizan sus rostros, se enmudecen sus voces y se castigan sus cuerpos relegando su existencial al lugar imaginario de un no-lugar. “Desde este punto de partida, es notorio como la re-localización de las carencias y su metamorfosis cualitativa han impactado en la misma constitución de la identidad personal. Los pobres, enfatizan día a día la urgencia de ser considerados sujetos por las políticas focalizadas. Esta urgencia se asienta en la necesidad de reconocimiento de sus capacidades en tanto seres humanos (Scribano 2000: 5, en los otros)”

Por eso es que en este punto se cruza la doble lógica contingencial del Estado neoliberal como condición de la in-acción de los sujetos. No es que exista una mirada de *indiferencia* sobre los pobres porque éstos “no sean considerados” en las políticas sociales; no es que se los excluya porque se sitúen “fuera” de la sociedad. Los pobres se encuentran atrapados por la política estatal y sumergidos en el mar de lo social, pero están condenados a la im-posibilidad de ser agentes; de elegir el tipo de vida que desean llevar y de resistir las decisiones que se toman por ellos y para ellos.

En definitiva, la particular visión que surge acerca de la pobreza produce (en tanto imaginario social ya cristalizado) sus propios efectos de realidad, operando como aval ideológico de la embestida institucional contra las clases populares. “La política se vuelve lógica de guerra entre sectores: los jóvenes pobres son el problema, los piqueteros son el problema, las villas son el problema. No se trata del actor que viola la ley sino de un sector que presuntamente pone en riesgo a otro (Levstein y Boito 2005: 13).

De esta manera, en el renglón de la categoría de exclusión social; bajo la cristalización de un imaginario negativo sobre la pobreza; en la elocuencia de una realidad que muestra y demuestra que las clases populares son su escoria medular, se construye un juego de versus entre los sectores integrados y los desafiados sociales, sobre los que se descarga el sistema penal y social del Estado Neoliberal construido en base a un sentimiento de temor y miedo que son a la vez fantasmáticos y paranoicos.

BIBLIOGRAFÍA

BAEZA, Antonio (2004) “Ocho argumentos básicos para la construcción de una teoría fenomenológica de los imaginarios sociales”. Chile: Autor. Disponible en: http://www.gceis.cl/index.php?option=com_remository&Itemid=49&func=fileinfo&id=1
Acceso: 26-05-2008

BORÓN, Atilio, (2000), “Quince años de la modernización y los sujetos de la democracia”, en *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: CLACSO.

BARTOLOMÉ, Leopoldo J. (1984); “La familia matrifocal en los sectores marginados: desarrollos y estrategias adaptativas”, en revista *Runa. Archivo para las ciencias del hombre*, Volumen XIV, Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA),. Buenos Aires: Autor.

BENNHOLDT-THOMSEN, Verónica (1981); “Marginalidad en América Latina: una crítica a la teoría”, en *Revista mexicana de sociología*. México: UNAM

CASTORIADIS, Cornelius (2005); *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.

CERVIO, Ana Lucía, (2007), “La ciudad como experiencia conflictiva: la problemática habitacional entre la gestión activa y la resistencia organizada”, en *Mapeando Interiores. Cuerpo, Conflicto y Sensaciones*. Adrián Scribano (Comp.) Jorge Sarmiento Editor: Córdoba.

CORPORACIÓN LATINOMARÓMETRO (2007); “Informe Latinobarómetro 2007. Banco de datos en línea”. Santiago de Chile: Autor. Disponible en: <http://www.latinobarometro.org/>
Acceso: 09-09-2008

ENRIQUEZ, Pedro Gregorio (2007); “De la marginalidad a la Exclusión Social: Un mapa para recorrer sus conceptos y núcleos problemáticos”, en revista *Fundamentos en humanidades* N 15 de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de San Luís. San Luís (Argentina): Autor.

ENTEL, Alicia (2007); *La ciudad y los miedos. La pasión restauradora*. Buenos Aires: La Crujía ediciones.

GERMANI, Gino (1970); “De la sociedad tradicional a la participación total en América Latina”, en *América Latina. Ensayos de interpretación sociológico-política*, edición a cargo de Fernando H. Cardoso y Francisco C. Weffort. Santiago: Editorial Universitaria.

GOLDBERG, Laura (2005); “La pobreza en Argentina: un problema distributivo”, documento de trabajo del *Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas* (Ciepp) N 43. Buenos Aires: Autor. Disponible en: <http://www.ciepp.org.ar/trabajo.htm> -
Acceso: 8-10-2008

GRASSI, Estela (2004); *Política y cultura en la sociedad neoliberal. La otra década infame (II)*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

GUTIEREZ, Alicia (2003); “La construcción social de la pobreza. Un análisis desde las categorías de Pierre Bourdieu”, en *Anduli. Revista Andaluza de Ciencias Sociales*. Departamento de Sociología de la Universidad de Sevilla. Sevilla: Autor.

JAMESON, Frederic (1999); *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998*. Buenos Aires: Manantial.

JAUME, Fernando (1989), "El concepto de marginalidad", en *Cuadernos de Antropología Social* Vol. 2, Nº 1, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Autor.

LEVSTEIN, Ana y BOITO, Eugenia (2005); "Preso por portación de cara", en revista *La Intemperie* N 26. Córdoba: Autor. Disponible en: - - - - -. Último acceso: - - -

LEWIS, Oscar (1969); *La vida*. México: Joaquín Mortiz.

LINDON, Alicia, HIERNAUX, Daniel y AGUILAR DIAZ, Miguel Ángel (2006); "De la espacialidad, el lugar y los imaginarios urbanos: a modo de introducción", en *Lugares e imaginarios en la metrópolis*, Línón, Aguilar y Hiernaux (coords.) México: Antrophos Editorial - UAM.

LO VUOLO, Rubén, BARBEITO, Alberto, PAUTASSI, Laura y RODRIGUEZ, Corina (1999); *La pobreza... de la política contra la pobreza*. Buenos Aires-Madrid: Miño y Dávila editores:

MARTEL, R. y BAIRES, S.; "Imaginarios del miedo y geografías de la inseguridad: construcción social y simbólica del espacio público en San Salvador", en *Lugares e imaginarios en la metrópolis*, Línón, Aguilar y Hiernaux (coords.), Antrophos Editorial, México: UAM, 2006.

MEDINA ECHEVERRIA, José (1970); "Los diagnósticos", en *América Latina. Ensayos de interpretación sociológico-política*, edición a cargo de Fernando H. Cardoso y Francisco C. Weffort. Santiago: Editorial Universitaria.

PETRAS, James y VELTMAYER, Henry (2005), "Mal gobierno, buena 'gobernanza': sociedad civil contra movimientos sociales", en *Movimientos sociales y poder estatal. Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador*. México D. F.: Lumen.

PINTOS, Juan Luís (2000), "Construyendo realidad(es): los imaginarios sociales", Santiago de Compostela / Buenos Aires. Disponible en: <http://idd00qmm.eresmas.net/articulos/construyendo.htm> Último acceso: 26-05-2008

PINTOS, Juan Luís (2003), "El metacódigo «relevancia/opacidad» en la construcción sistémica de las realidades, *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 2 (002), 21-34. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=38020202> Acceso: 26-05-2008

PINTOS, Juan Luís (2005) "Comunicación, construcción de la realidad e imaginarios sociales" *Revista Utopía y Praxis Latinoamericana*, volumen 10, N 29. Disponible en: http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-52162005000200003&lng=pt&nrm=iso Acceso: 29-05-2008

POIRIER, Nicolas (2006); *Castoriadis. El imaginario radical*; Buenos Aires: Nueva Visión.

SCRIBANO, Adrián (2000); "Los otros, nosotros y ellos: hacia una caracterización de las prácticas políticas en contextos de exclusión", en *Reforma Educativa, cultura y política*, Molina, F. y Yuni, J. (coord.) Buenos Aires: FLACSO- Temas Grupo Editorial.

SCRIBANO, Adrián y SCHUSTER, Federico (2004); "Cuidado, protestante a la vista", en revista *Encrucijada* N 27, Universidad Nacional de Buenos Aires. Buenos Aires: Autor. Disponible en: <http://www.uba.ar/encrucijadas> Acceso: 14-10-08

SOUZA SANTOS, Boaventura, (2005), *Reinventar la democracia. Reinventar el Estado*, CLACSO: Buenos Aires.

TRONCOSO BARIA, Claudio, (2005), “Mundo y conciencia. Algunos aspectos de la fenomenología de Husserl”. Conferencia, Universidad de Concepción. Chile: Autor Disponible en:
http://www.gceis.cl/index.php?option=com_remository&Itemid=49&func=fileinfo&id=16
Acceso: 26-05-2008

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (2003); “Las acciones de privación de identidad en la representación social de los pobres” en *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*, Cap. III, pp. 99-137. Barcelona: Gedisa.

WACQUANT, Louis (2007); *Parias Urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.

WORTMAN, Ana (2007); *Construcción imaginaria de la desigualdad social*. Buenos Aires: CLACSO.